III Domingo de Pascua, Ciclo A.

TIEMPO PARA COMPARTIR

Padre Pedrojosé Ynaraja

La primera vez que fui a Tierra Santa, lo hicimos sin ningún condicionamiento empresarial. Aquella tierra era para nosotros totalmente desconocida y la íbamos a descubrir por nuestra cuenta. Llevábamos una lista de lugares. Emaús no era fundamental. Importante, pero no imprescindible, no estuvimos. La segunda era diferente, así que nos fuimos a la estación de autobuses. Pasamos algo así como dos horas esperando, sin que el bus saliera. No obtuvimos otra explicación que la de que aquel día no saldría. Tomamos un taxi. Estando cerca, se nos impidió el paso, sin darnos ninguna explicación. Ante quien tiene el mando y un arma en las manos, hay que callar y volverse a casa sin chistar. Para moverse por aquella tierra no hay como tener amigos y los franciscanos que he conocido, se han comportado conmigo como tales. Sobre este asunto me dijeron: lo mejor es que te lleve el superior. Después de vueltas y revueltas, que significa controles y explicaciones, llegué a uno de los lugares que tienen mucha probabilidad de serlo y que es encantador, se llama actualmente Qubeibeth, a 11km de Jerusalén. Otro, con rica tradición pero demasiado alejado, también lo conozco. Todo este largo párrafo sirve para informaros, mis queridos jóvenes lectores, de que no estamos seguros del lugar del acontecimiento. Pero lo importante no es el sitio, lo fundamental es la actitud interior y el evangelio de Lucas, nos da buena cuenta de ello.

Es uno de los pasajes que más me encantan, de aquí que os escribiría largo y tendido explicándoos mis reflexiones. Pero no sé porque hoy se me ha ocurrido plantear esta comunicación semanal que llamo homilía-mensaje, como si fuera el esquema de un guión. A vosotros, mis queridos jóvenes lectores, os toca poner el decorado, los diálogos y tratar de ser actores. Quiero decir leer tratando de entender y, si os es posible, también vosotros dialogar, que toda esta simpática aparición de Jesús está rellena de conversación interesante.

- 1º- Dos hombres caminan sin prisas, es media tarde. Hablan, casi discuten. Sin agresividad, pero sí apasionadamente. Se escucha y se entiende un poco el diálogo. Se comprende que están desconsolados, decepcionados, pero no desesperados. Van adelante, no retroceden, pese a que no vean el horizonte claro al que deban dirigir sus vidas. No son Judas.
- 2º.- Se acerca un desconocido. Si nuestros protagonistas hubieran sido desconfiados o reservados, le hubieran dejado adelantarse educadamente. Pero no, pese a su dolor, son gente abierta, les queda un resquicio de esperanza. Cuando el desconocido se dirige a ellos, no se escurren, no salen por la tangente. Aceptan su compañía. Les pregunta y le contestan. Son adultos, pero saben que uno puede aprender siempre, por mayor de edad que sea. Le plantean la cuestión que les

aflige. Seguían a un líder que daba sentido a sus vidas. Le eran fieles y esperaban mucho de él. Pero ha muerto, mejor dicho lo han matado. Ha sido ejecutado de vil modo. Su interior está en ruinas. El desconocido se ofrece a darles una explicación. La aceptan. Habla y habla. No se quejan, sus explicaciones tienen sentido e iluminan su espíritu. Empieza a hincharse su corazón de una tenue Esperanza. Están boquiabiertos. Cada trecho les resulta más liviano. Ni les ha preguntado a dónde van, ni él tampoco se lo ha dicho.

En un momento imprevisto, el empedrado a derecha e izquierda se puebla de alguna casita, con su molino y lagar al lado. Se detienen y el desconocido continúa su ruta. Ellos se miran uno al otro, con los ojos ya se han comunicado que no pueden dejarlo sólo. Se lo dicen. Evidentemente, caminar ahora que oscurece, es una imprudencia. Le ofrecen su casa. Él acepta con sencillez.

Hace rato que ha desaparecido como por encanto la tristeza que les embargaba.

3º Abren la puerta. Es una casa habitada y por lo que se ve les están esperando. No hace falta dar explicaciones, los de Emaús ya saben también lo ocurrido. El llamado Cleofás, les advierte que volvían amargados, pero este compañero les ha dado ánimos. Parece que lo que ha sucedido estaba previsto, que un israelita, fiel debería estar preparado, entenderlo y no extrañarse. Sonríen y le ofrecen asiento, quieren también ellos y ellas escucharle para ver si les saca de la postración en la que han caído.

Es un hombre afable, pero en ese momento no se muestra parlanchín. Le ofrecen pan y se le iluminan los ojos. Lo toma con delicadeza, todos se fijan en sus gestos, musita algo y lo parte y reparte. El asombro les invade. Las mujeres van a postrarse a sus pies, ellos a abrazarle. Pero no, ya no está. Y no es que haya huido, es que no está. Pero algo queda flotando en el ambiente. Todos se miran preguntándose qué es lo que les toca hacer.

Se sienten felices. Era Él (ahora con mayúscula). iqué torpes han sido no reconociéndole antes! Cada una de sus palabras calaba en su interior. Pero han hecho bien. No hay que ignorar que las palabras y las miradas, pueden coincidir con las de otros. Esta manera de partir el pan no, era única y exclusiva de Él. Lo saben ellos muy bien. Si hasta el tal Cleofás es su sobrino y su madre tuvo la valentía de acompañarle a Él cuando era ajusticiado

Se dan cuenta de que aquel pan que ellos le han ofrecido, al comerlo, les ha sabido diferente. Era otra cosa. Estaban a oscuras y ahora la habitación parece que la están iluminándola ellos mismos.

4º.- Los caminantes marchan, pies para que os quiero, a Jerusalén. Llegan y se encuentran a los demás. En pocas palabras se lo cuentan todo. Ellos también. Sí, es el Señor y Vive.

5º.- Se han quedado. Es preciso compartir el júbilo en el que se sienten sumergidos.

6º Telón y silencio para reflexionar.

Mis queridos jóvenes lectores, si hubierais estado por allí ¿qué papel hubierais hecho?

Por el camino de Emaús vais muchas veces. ¿estáis abiertos a la amistad? ¿al diálogo? ¿en los momentos o temporadas de decepción o pesimismo, cuando todo se os derrumba todo, impedís que se ausente la Esperanza? o al revés ¿os dejáis llevar por remordimientos inútiles, angustias que ahogan, u orgullosos despropósitos de que no confiaréis de ahora en adelante en nadie más?

Reunidos, ensayad vuestro camino de Emaús y ponedlo en práctica.